



XXXIV PREMIO DE RELATO CORTO
GANADOR 2024

**LAS
BALAS
DE
ORO**

BORJA TABUENCA QUILEZ

SEUDÓNIMO ORIÓN

Me llamo Borja Tabuena Quilez, tengo 30 años y resido en la ciudad de Zaragoza, de donde soy natural. Trabajo en el sector industrial, ejerciendo como responsable de mantenimiento en una factoría de Zaragoza. Tengo formación en energías renovables, automatización industrial y cogeneración eléctrica. Entre mis aficiones, como no, está el escribir. Hace unos años que comencé a escribir, al principio como una forma de aclarar mis propias ideas, hasta que un día decidí probar a escribir relatos cortos. De esta forma consigo explotar mi imaginación y creatividad. Me gusta inventar historias e imaginar cómo de alguna forma podrían llegar a ser vividas por personas que nunca conoceré. Escribiendo encuentro respuestas a preguntas que la vida no me ha obligado a hacerme todavía. Divago pensando que quizás otras personas puedan encontrar respuestas distintas a las mías y que eso provoque un cambio a mejor en sus vidas.

SINOPSIS

Nerea, una agente de la policía Nacional con una vida anodina se ve envuelta en una experiencia que dará la vuelta a todo cuanto cree. Removerá su conocimiento y le hará reflexionar acerca de muchas de las preguntas que nosotros nos hacemos día a día. Balas de oro es un alegato acerca de la percepción que las personas tenemos del tiempo y de cómo a veces la vida puede ser muy oscura y la muerte muy iluminada.



XXXIV PREMIO DE RELATO CORTO
GANADOR 2024



BORJA TABUENCA QUILEZ

Esta obra ha sido seleccionada ganadora por el jurado del XXXIV premio de relato corto Policía Nacional, conformado por:

José Manuel Pérez Pérez, Antonio Rodríguez Martín, Luis F. Donaire García Salmons, Javier de Pedro Peinado, Antonio José López-Alcahut García, David Ruiz Cruz, José Vidal González Lumbrera, Almudena De La Rosa Marqueño, María Antonia Sanabria Hernández, Daniel Sánchez Ortega, Llanos Navarro García, Miguel Garvía Sánchez, Francisco Jiménez Carretero, José Manuel Martínez Cano y María Concepción García Donate.

.....

Edición:

Fundación Policía Española

Dirección:

Eulalia González Peña
María Jesús Llorente Vega

Autor:

Borja Tabuenca Quilez

Diseño y maquetación:

Área de Publicaciones de la SGGT de la Policía Nacional:

Carmen Baz Crespo
Javier Benito Aguado
Joaquín Alcaide Fernández
Francisco Ginés Herrera Castro

Colaboración:

Antonio Bueno Tébar
José Alberto Marcilla Martínez
Herminio Molina Abellán
José Belda Amores
Verónica Sánchez Morfíño
Mar Campos Claro

Imprime:

Monterreina Comunicación SL

ISBN: 978-84-09-69625-3

Depósito legal: M-4265-2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier otro medio, sin la preceptiva autorización.

.....





BORJA TABUENCA QUILEZ

Nos miramos. Me percato de que el chaval me está midiendo con la mirada, está valorando si puedo ser más rápida que él. Le he dado el alto y le estoy pidiendo que se ponga contra la pared. Él está quieto, pero temblando, como una olla exprés a punto de reventar. Me sigue midiendo, es joven, está en forma y lo sabe. Yo, más bajita que él y aunque me joda reconocerlo, con la coleta no disimulo las arrugas y se me nota que rozo los cuarenta. «No lo hagas», casi rezo. Noto la tensión. Lo último que me apetece es empezar el turno de noche sudada tras una carrera persiguiendo a un pandillero que, casi seguro, no llevará nada encima y sólo lo hace por la adrenalina de retar a un agente. «Quieto...» Le hablo como a un perro al que intentas quitarle algo de la boca. Lo veo en sus ojos. «¡Será cabrón!», exploto mientras me echo a correr tras él, dejando a mi compañero con los otros chicos. Durante los primeros metros me analizo, como hacen los controladores con un cohete que acaba de despegar. Temperatura, ritmo cardíaco, noto mis botas apretadas, pero bien ajustadas a mis pies, ajusto el movimiento de mis hombros a mis caderas. Todo esto, con las revoluciones desbocadas. Estoy yendo casi al cien por cien, lo tengo cerca, pero no lo alcanzo, entre la poca distancia y el aire que corta el chico puedo olerle como si lo estuviera tocando. Es rápido, pero

no el más rápido que me he encontrado. El problema soy yo, pierdo velocidad conforme los años me van encontrando. Mi corazón bombea todo lo que puede, apuro un esprint, una embestida de riego sanguíneo sacude mi cuerpo. Me va a explotar la cabeza. El chico se gira y aunque asustado por mi aguante y velocidad, sabe leer que va a ganar. Me ha sacado dos metros de distancia en el último giro y su instinto le dice que me estoy viniendo abajo. Es correcto, si no paro me voy a desplomar en la próxima esquina. Al haber girado la cara hacia atrás ha perdido la línea recta y al volver a mirar al frente se roza con un contenedor lo justo para hacerle perder el equilibrio y tropezarse cayendo de bruces al suelo. Antes de llegar a él, ya me estoy lanzando al suelo, más por desfallecimiento que por instrucción policial. Me tumbo encima de él y lo reduzco con una llave para poder esposarlo. Una vez lo tengo con los «grillos», me desplomo sobre su espalda, casi parece que le esté abrazando de agradecimiento por haberse caído. «Más te vale ser el *Chapo* Guzmán, chaval» le exhalo sin fuerzas. Tras recuperar un poco el aliento le comunico a Ortega mi posición que aparece con el zeta en pocos segundos.

—Madre mía, Nerea. ¿Te apetecía dar una vueltecita a la manzana con el chiquillo o qué? — se ríe Ortega desde dentro del coche con su sorna andaluza.

— No me vaciles Ortega y mete a este dentro, que por gracioso va a dormir en Jefatura. Y la próxima vez elijo yo primero, ya está bien de que me toquen todos los olímpicos de atletismo.

Una vez en el coche, el calor residual me hace empezar a sudar exageradamente. Me quito el chaleco, me desabrocho el polo por completo y lo venteo para airearme, inundando el coche con mi esencia corporal. Ortega se ríe. «No te vayas a emocionar, eh chaval» le dice al pandillero, que está obnubilado por el cabaré improvisado que estoy montando en el coche. Tras un rato de preguntas y papeleo lo dejamos en los calabozos y seguimos. «Venga anda, que te invito a un algo, que tienes que recuperarte. Si es que la edad no perdona», suelta Ortega desde *el zeta* mientras yo bajo las escaleras de Jefatura. Al rodear el coche pego un manotazo en el techo que hace que Ortega dé un respingo en el asiento y suelte una vulgaridad. «Venga Manolete, que aún pagarás algo más» le digo mientras me recuesto en mi asiento orgullosa de haberle cortado su arranque de gallito. Manuel Ortega, mi compañero desde los últimos ocho años. Cinco años más joven que yo, buen policía y mejor persona. Alto, guapo e inocente. De ahí que un día se le escapara decir que su abuela le apodaba cariñosamente «Manolete»

y claro, algo así, es una mina entre compañeros. Los padres de Manuel habían fallecido cuando él era pequeño y tuvo que criarse con su abuela desde los nueve años. Después de haber criado y educado a cuatro hijos, Charo había hecho un trabajo impecable con Manuel. Ella era muy querida entre los compañeros, ya que, en todos los cumpleaños de su nieto siempre traía bizcochos caseros a jefatura. Buena mujer, de las que van quedando pocas.

Entramos en el bar y, como siempre, nuestros uniformes llaman la atención de los clientes, hasta que nos ven pedir algo en la barra y poco a poco se van relajando y volviendo a sus conversaciones. Devoro mi pincho de tortilla mientras Ortega espera ansioso sus huevos fritos con longaniza. Fuera empieza a llover débilmente en la oscuridad, la humedad en el aire llevaba amenazándolo todo el día. Intuyo que Ortega está buscando tema de conversación, aunque él ya sabe lo que me va a preguntar.

—Bueno, ¿qué tal vas con Marina? — suelta al final.

Marina, mi hija. Una hormona de quince años que cree que ya es mayor para todo, menos para tener responsabilidades. La tuve a los veinticuatro cuando apenas llevaba un año en el Cuerpo. Siempre hemos tenido buena relación y una confianza plena, pero esos años ya pasaron. Poco a poco hemos ido perdiendo esa conexión que tanto nos caracterizaba y ella directamente ha decidido hacer voto de silencio en respuesta a mis críticas acerca de cómo va vestida o de los chicos con los que se junta. Ojalá pudiera llevármela de patrulla alguna noche y que viera lo que vemos, que viera a todos esos chavales perdidos en la noche sin ningún futuro por delante. Perdidos por la droga y por “haberse dejado llevar”. Para colmo, Ricardo, mi marido, se empeña en apoyar a la niña, en quitarle peso a que se salte la hora de llegar a casa o que no nos diga dónde y con quién va. Bueno, ella lo dice, pero yo sé que nos miente. Ricardo vive en su mundo utópico en el que todo sale bien y no hay almas perdidas por las malas decisiones.

—Pues ahí vamos. Ayer la tuvimos porque llegó apestando a tabaco y cuando le dije que me enseñara el bolso se puso a berrear, hasta que Ricardo flojeó y la defendió. Al final, la mala, yo, como siempre.

—¿No crees que estás siendo un poco dura con ella? Siempre ha sido una buena estudiante y una chica educada. Quizás ahora está experimentando una fase de rebeldía, pero estoy seguro de que se le pasará.

—Ya estamos. Otro como Ricardo. ¿Pero es que tú no ves con lo que tenemos que lidiar todas las noches? Mira el chaval de antes, apenas tenía dieciocho años y míralo cómo estaba. —solté. Mi paciencia con este tema estaba en mínimos históricos.

—Ya lo sé, Nerea. Pero es que Marina no es como esos chicos, ella os tiene a vosotros, te tiene a ti —dijo, poniendo en práctica sus cursos de negociación de rehenes.

—Hombre, pues claro. Precisamente por eso no entiendo que haga estas tonterías. ¿De qué me sirve haber cometido todos esos errores de joven si no consigo que mi hija los evite? Venga, dímelo tú— mi tono no dejaba lugar a dudas. Si seguíamos la conversación me tendría el resto del turno de un humor de perros. Ortega, cauto como siempre, opta por retirarse a tiempo.

Acabamos el turno con cierta tranquilidad, es jueves por la noche y aunque cada vez se nota más que la gente se anima a salir, sigue sin ser tan ajetreado como los fines de semana. Me pegué una ducha que me hizo revivir un poco a pesar del cansancio acumulado de toda la noche. De camino a casa pasé por la punta del parque, el olor de los amaneceres me recuerda a mi infancia en Riopar, olor fresco y nuevo, como el del agua que no deja de correr.

Al entrar en casa vi que la luz de la cocina estaba encendida. Ricardo es de esas personas que disfrutan comenzando el día antes de que salga el sol. Fue una de las cosas que más me gustaron de él cuando lo conocí, tiene más disciplina y anticipación que la mayoría de mis compañeros del Cuerpo. Siempre que vuelvo del turno de noche, él ya tiene listas una infusión relajante y una tostada para que coma algo antes de meterme en la cama. Reconozco que sigo enfadada por la discusión con Marina, por el hecho de que a su lado yo siempre parezca la madre intransigente y él tenga que ser el padre bueno y comprensivo. No recuerdo cuando comencé a perder esta batalla. ¿Soy yo la que he cambiado? Antes caía bien a la gente, a mi hija. Recuerdo la sensación embriagadora de llegar a un sitio y acaparar la atención, el interés y los ojos de la gente sobre mí. Recuerdo el sabor de todas aquellas miradas, ese elixir que alimenta el ego y la autoestima, que te hace creer invencible e inunda todos los vacíos de espíritu que una persona alberga. Ahora todo es distinto, ahora el sabor de las miradas es agrio y denso.

Me despido de Ricardo vagamente. Él, como siempre, se acerca y me besa, casto, húmedo. «Te quiero», dice él. «Adiós», le digo yo. Sólo un adiós y me

meto en la cama. Últimamente me tengo que esforzar por mantener los enfados, no consigo encontrar otra forma de hacerle ver mi punto de vista. Hace tiempo que ya no encuentro las palabras, están cansadas, como yo. Mi forma de comunicarme con el mundo se ha transformado en una actitud áspera, palabras punzantes y unos ojos que han perdido su función. Soy incapaz de ver a mi alrededor, miro, sí, pero no veo, mis sentidos están alestargados, narcotizados por algún tipo de sustancia segregada por la rutina y la mediocridad. Esa jalea oscura que exuda el mundo y que duerme lo esencial, que te apaga la vista, el oído, el olfato y el tacto, hasta que dejas de notar el calor de unos labios o el olor que abandona en la almohada tu amante al despertarse.

Tras una hora durmiendo me despierta un ruido en la cocina. Marina se está preparando algo de comer para llevarse al instituto. Puedo visualizar cómo va a dejar la cocina llena de migas de pan, que luego tendré que recoger yo. Desde la cama, me fijo en la línea de luz que entra por debajo de la puerta y cómo parpadea cada vez que pasa por delante yendo de un lado a otro ajetreada.

Veo como su presencia bloquea la fina línea de luz y entonces abre la puerta despacio. «Me voy ya, mamá» dibuja con su voz en un suspiro. Me hago la dormida para no contestar. Las palabras están cansadas. Cierra la puerta y oigo como se va de casa. El ruido de la puerta al cerrar me atraviesa como un relámpago en forma de serpiente, me recorre el cuerpo y se me enrosca en el corazón apretando la tristeza. Ojalá pudiera hablar con ella, mañana quizás. Sí, mañana.

Me despierto a media tarde con la cabeza embotada, cada día llevo peor los turnos de noche, me doy una ducha para intentar despejarme y me sirvo el café que queda en la cafetera, me sorprende no ver las migas en la encimera, Marina ha pasado la bayeta e incluso ha metido su taza y su plato al lavavajillas. Al pasar por su cuarto, de camino al salón, veo la puerta entornada y sin saber por qué, me siento en su cama mientras me tomo el café. Tiene la mesa prácticamente vacía, un bote de lapiceros hace compañía a la pantalla de ordenador, un pequeño cuaderno, teclado, ratón y poco más, la puerta de su armario está llena de fotografías con sus amigas de la infancia, adornadas con pegatinas de colores en forma de corazón, en todas ellas, sale con una inmensa sonrisa que rebosa felicidad. Una fotografía de nosotros custodia su cabecero.

Recuerdo ese momento, Marina tenía ocho años y fuimos a pasar unos días a Riopar con mis padres. En la instantánea aparece un Ricardo guapísimo,

con aquel abrigo rojo de montaña que tanto le gustaba, de estos que parece que ya se fabricaban con un color viejo. El pelo castaño y la misma sonrisa plena que ha heredado Marina resaltan dentro del marco. Yo estoy de cuclillas en la nieve con Marina encima de mí, ambas llevamos unos gorros escandinavos con trenzas de lana cosidas a los lados. Sus tenues brazos me rodean confiados y los tres sonreímos a la cámara mientras el reflejo de la nieve proyecta nuestros ojos iluminados. Y como si de una trampa en el bosque se tratara, me atrapa la nostalgia mordéndome el alma. Y pienso cuánto me gustaría volver a ese momento. Quedarnos ahí para siempre, ignorando el tiempo empujado por el viento, volver a esa niña de ocho años que me adoraba y que venía corriendo a abrazarme con ese amor hambriento. Volver a sentir su pelo en mi nariz y su olor a inocente felicidad envolviéndome desde la raíz. Quisiera recorrer hacia atrás el círculo en el que se dibuja el tiempo, rebobinar girando cada segundo y como quien desmonta un puzle en sentido inverso, resucitar en la línea y verso de ese momento. Volver a respirar el amor que sentía hacia Ricardo, volver a sentirme apretada entre sus brazos, rindiéndome al sopor que me infunde el calor de su cuerpo. Pero todo esto ya pasó. Ahora ya no hay gorros con trenzas, ni luz, ni abrazos, ni calor. Ahora los silencios se han adueñado de todo y van sin tregua alimentando la distancia entre nosotros. Y yo nunca encuentro ni el momento ni las palabras para cambiar el rumbo de todo esto.

Ya más despejada, decido dejarles preparada la cena antes de salir casa, cada persona encuentra su modo de pedir perdón o hacer las paces sin necesidad de usar las palabras, en mi caso, como en el de mi madre, ese modo es a través de la comida. Preparo crema de calabacín para Ricardo, con muchos tostones como a él le gusta y para Marina, macarrones gratinados con carne y bechamel. Desde la vitrina de la cocina veo una botella de vino tinto, aquella que me regalaron mis padres la última vez que vinieron a cenar, decido abrirla y servirme una copa de vino mientras me relajo cocinando. Se me antoja una risa tímida imaginándome las caras que pondrán cuando lleguen a casa y vean que les esperan sus platos favoritos. En el fondo, me encanta que tengan esa relación tan cercana y bonita, a veces pienso que soy yo la que se ha distanciado sin saber por qué. Al acabar de cocinar me doy una ducha y salgo hacia el trabajo, me hubiera gustado cruzarme con alguno de los dos, pero supongo que estarán ocupados. Marina, como siempre, habrá quedado con unos amigos y Ricardo estará en esas clases de violería que tanto le gustan.

Al salir del *briefing*, ya en la comisaría, me cruzo con Ortega que me indica con un gesto que me espera en la puerta con el coche patrulla en marcha.

Tras casi una hora conduciendo reparo en que casi no ha abierto la boca, algo realmente extraño en él.

—¿Todo bien, Manolete? Te noto muy callado hoy —pregunto mientras le veo de perfil, concentrado en conducir por las calles iluminadas ya por las farolas.

—Bueno, sí. Los dolores de siempre de Charo, hoy la han vuelto a ingresar y dormirá allí, van a hacerle más pruebas por la mañana. Pero ya sabes que no me gusta que se quede sola en el hospital, me hubiera quedado, pero me ha insistido en que tampoco hacía nada durmiendo allí, que mejor viniera a cuidarte a ti durante el turno, que seguro que aquí soy más útil y que allí sólo molesto.

—Vaya... lo siento. Pero ella tiene razón, Ortega, allí no puedes hacer mucho. Mañana por la mañana cuando acabemos el turno nos acercamos al hospital y le llevamos unos buenos churros con chocolate. Seguro que así la animamos, ya verás. —le propongo, mientras por dentro me quedo preocupada. Charo es muy importante para él y aunque no nos gusta hablar de eso, a él le cuesta aceptar que está empezando a estar muy mayor y que más pronto que tarde tendrán que buscar una residencia.

Seguimos el turno en silencio, Ortega está concentrado en las calles y carreteras mientras yo oteo por la ventanilla fijándome en los viandantes nocturnos que pasean distraídos de vuelta a casa, o quizás a cenar con sus parejas en algún restaurante de moda. No recuerdo la última vez que Ricardo y yo salimos a cenar por ahí, fuimos al cine o tuvimos una cita. No es que él no lo haya propuesto alguna vez, pero la verdad es que nunca me encuentro con el ánimo adecuado y prefiero quedarme en casa distraída con alguna nimia película que al día siguiente olvides.

—Patrulla 2U4, ¿me reciben? — suena con distorsión desde la radio.

—Adelante, central. Aquí patrulla 2U4.

—Nos avisan de un altercado en el paso a desnivel de la Nacional 322 junto a las vías ferroviarias. Apparently ha habido un accidente de tráfico, pero los conductores han comenzado a discutir.

—Recibido, central. Estamos de camino. — contesto mientras activo las sirenas y Ortega cambia de sentido en la calle cruzando por la mediana.

Mientras Ortega va esquivando coches de camino al aviso, aprovecho para ajustarme el chaleco y revisar el equipo. En situaciones así siempre acabas llevándote algún golpe o arañazo, aunque la verdad es que Ortega y yo tenemos un método muy efectivo. Él, ayudándose de su tamaño de *quarterback* de rugby, va sacando de la pelea uno por uno a los individuos y yo voy reduciéndolos por separado e inmovilizándolos. Enfilamos la autopista, apenas nos quedan dos kilómetros para llegar a la salida que accede al camino del paso a desnivel. Salimos de la autopista haciendo uso del carril de deceleración, avistamos el puente a unos doscientos metros al frente en la margen derecha y giramos a la derecha cogiendo la primera salida de la rotonda.

Nos introducimos debajo del paso a desnivel mientras me quito el cinturón de seguridad y sin tener tiempo de valorar la situación, una bala atraviesa la luna del coche impactando en la mampara de protección que nos separa de los asientos traseros. Instintivamente, Ortega da un volantazo a la derecha que nos lleva directamente contra la pared de hormigón que forma el túnel debajo del paso a desnivel. Lo último que veo es hormigón y cristales rotos avanzando sin frenos hacia mi cara. El impacto me propulsa contra la luna delantera con la cabeza por delante, aplastándola en aquel deforme desorden de hierro, cristal y hormigón.

No sé cuánto tiempo he tardado en recuperar el conocimiento, mi cuerpo alertado por los disparos hace un ejercicio titánico de supervivencia. El coche ha quedado clavado en la pared dejando el costado izquierdo al descubierto hacia los tiradores, todo me da vueltas. Me despierto y veo a Ortega disparando a discreción a través de su ventanilla. La adrenalina se apodera de mí, intento revolverme, chequeo los daños, parece que noto todas las partes de mi cuerpo. Un calambre de dolor me recorre el cuerpo desde la rodilla hasta la nuca. He quedado hecha un gurruño encima del salpicadero y reparo en que estoy expuesta a los disparos, lo único que se interpone entre ellos y yo, es Ortega cubriéndome, tapando la ventanilla mientras dispara.

Tiene la cara sangrando y llena de cortes, el golpe del airbag le ha reventado un ojo que está inyectado en sangre. Noto como su mano me agarra de la pierna mientras él se recuesta en el asiento del conductor poniéndose a cubierto. «¡Sal

por la ventanilla, yo te cubro!» me grita. Saco fuerzas de donde no hay y me revuelvo intentando zafarme de la prensa de hormigón y metal.

«¡Ahora!», me dice mientras se incorpora para seguir disparando. En ese momento, me libero y consigo colarme por la ventanilla del copiloto mientras él tapa el pasillo que se forma entre los huecos de su ventanilla y la mía y que enfila directo al origen de las balas.

Caigo como una pelota de carne y huesos al suelo, desenfundo mi arma y me incorporo para cubrir a Ortega y que él pueda hacer lo mismo que yo y salir así por mi ventanilla. «¡Ahora!» Me incorporo disparando sin saber bien a qué, mientras, Ortega se arrastra de su asiento al mío. Entre su tamaño y lo reducido que ha quedado el habitáculo lo hace a duras penas. Se queda agazapado dentro mientras recargo mi arma. «¡Vamos, sal!» Me incorporo de nuevo disparando hacia una furgoneta negra de la que provienen los disparos. No soy capaz de apuntar con precisión y mis balas perforan el aire sin encontrar obstáculo. Ortega se cuelga por el hueco y cae a mis pies con un gemido.

El impacto de la bala me atraviesa el cuello y me propulsa al suelo. El dolor se adueña de todas las células de mi cuerpo y se lleva por delante la adrenalina. Me resguardo tras la rueda delantera mientras empiezo a notar la sangre empaparme el polo y desbordarme entre los dedos. Ortega se abalanza sobre mí, se quita el chaleco y rasgando el polo tirando con las dos manos desde los botones, usa la tela para taponar la herida. Oigo las puertas de la furgoneta cerrarse al tiempo que arranca y abandona la escena a toda velocidad.

Y entonces se forma un silencio a nuestro alrededor, como una burbuja hermética y atemporal en la que sólo se oyen nuestros latidos, los de Ortega como un caballo de carreras y los míos cada vez más quietos. En diez segundos ya no siento dolor ni frío ni calor. Tampoco oigo, sólo veo. Por fin, veo. Veo unos ojos llenos de miedo y de amor que me miran encharcados. Veo que su boca se mueve, pero yo no puedo oír nada. Sólo veo, por fin veo. Veo el viento arrancar los árboles, cascadas volando al horizonte, la escarcha de las noches, el rugido de la tierra y el rocío de las flores. Veo un reloj de arena quebrarse por la pena y el sol tumbarse derrotado. Veo fuego devorar sarmiento y el yugo viejo tocar el suelo. Y comprendo por que sé y sé por qué comprendo, que me estoy muriendo.

Clavo mis ojos en los suyos queriendo meterme dentro para así vivir un poco más y entonces consigo leer en sus labios «Tranquila Nerea, ellos

BORJA TABUENCA QUILEZ

saben que los quieres, ellos saben que los quieres. Marina sabe la quieres». Mi corazón se quiebra y con él los diques de mi espíritu y lloro como no he llorado jamás, un mar de lágrimas saladas se mezcla con la sangre que viste mi piel. Y entonces siento el calor, siento esos pequeños brazos rodeándome el cuello y el tacto de su pelo en mi cara, oigo su risa entre los dientes de leche y me embarga el olor de su piel cuando la pusieron en mis brazos al nacer. Cada lágrima es una súplica por cambiar mis últimas palabras y silencios, por hacer de ese «adiós» un «y yo a ti».

Lloro por cada oportunidad perdida, por los miles de besos y abrazos que quedaron en el aire, por los millones de «te quiero» que guardé en mis labios. Lloro porque no puedo gritar, bramar al cielo, al viento y al aire cuánto los quiero y echaré de menos. Me aferro a las pulsaciones que vibran en mi cuerpo, resonando con fuerza en mi interior, creando ecos extensos y amplios como vidas enteras. Pienso en cuánto amor cabe en un latido, en cuánto he desaprovechado en mi vida y en cómo todo lo importante tiene la misma medida.

Me dejo llevar.

Oigo sirenas a lo lejos.

CONVOCATORIA DEL

XXXIV

CERTAMEN
LITERARIO

PREMIO DE
RELATO CORTO
POLICÍA NACIONAL



GANADOR: **3000€**

DIPLOMA ACREDITATIVO Y ESTATUILLA
(primer finalista: 500€ y diploma acreditativo)



COLABORAN



BASES



Más información sobre las bases que regulan el certamen en la web de la Fundación Policía Española **FUNDACIONPOLICIAESPAÑOLA.ES**

XXXIV PREMIO DE RELATO CORTO
GANADOR 2024



BORJA TABUENCA QUILEZ

200
1824 · 2024

POLICIA NACIONAL

